



Año XLVII

ORIHUELA 15 ENERO DE 1929

Num. 1082

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Punto de vista

—Me hierva la sangre en las venas, María: unos tan ricos y felices y otros tan pobres y desgraciados.

—Dios así lo ha dispuesto...

—Pues Dios no es justo...

—No blasfemes...

—No, no es justo: tan ricos unos y tan llenos de miseria otros no es justicia...

—¿Nos falta algo para vivir?

—Para vivir, no; para ser felices, todo.

—Pero ¿crees tú que ser pobre es desgracia?

—¿Quién lo duda?

—Yo...

—¡Jal jal jal! Tú, que eres fanática, que vives fuera de la realidad.

—Yo... que creo en las palabras de Jesucristo.

—¡La doctrina de Jesucristo! Veinte siglos hace estaba bien; hoy vamos por otros caminos...

—Por caminos errados...

—Camino de la felicidad del obrero..

—No; camino del odio de clases...

—Pero, María ¿es que no tenemos derecho a ser felices?

—Derecho a la felicidad que enseñaba Jesucristo, sí; a la felicidad que os ofrecen vuestros redentores, no.

—Pero ¿qué enseñaba Jesucristo?

—Que el dinero no es la felicidad.

—El dinero no es la felicidad, pero la compra.

—Es que la felicidad no es de este mundo.

—¿Se trata de la felicidad de la otra vida?

—Cabalmente.

—¡Hasta esa felicidad, María, estoy seguro que se consigue con el dinero!

—Con el dinero de la pobreza.

—¡La pobreza conseguir la felicidad! ¡Qué ilusión!

—Lo dice Jesucristo: Bienaventurados los pobres...

—Esto es gracioso: ¿si los pobres son bienaventurados, que son los ricos?

—¡Desgraciados!

—¡Que locura!

—Lo dice también Jesucristo: Es más difícil a un rico entrar en el reino de los cielos que a un camello pasar por el agujero de una aguja.

—Desde ese punto de vista...

—¡Ah! que es un punto de vista que no debíais perder nunca—o yo soy necia—y entonces tendríais resueltas muchas cuestiones que son insolubles por los caminos que habeis emprendido.

L. Almaréa

La muerte del héroe

En un hondo y pequeño valle, situado a alguna distancia de las primeras líneas de combate, se desarrolla una escena de exaltación del héroe, que puso a contribución su pericia, su valor y su vida, en honor y defensa de la Patria.

Un sencillo soldado, de mirada humilde y tranquila, se halla en la posición de firmes ante una columna de honor. Va a imponérsele una condecoración por orden de la Superioridad.

Ante repetidos actos de heroísmo, se ha hecho acreedor a tan elevada distinción.

El enemigo había iniciado una acción ofensiva, que por lo imprevista y lo rápida, dió lugar a un incidente que pudo haber costado caro al ejército defensor.

El General en Jefe manda que una sección de hombres esforzados ocupe una torre fortín, para que, en lo desesperado de la situación sea el muro de contención de la avalancha enemiga.

Los ejércitos contendientes han venido a colocar como el vértice de su acción en aquella torre que unos valientes, defienden entre chorros de metralla y de sangre.

La situación de los defensores de la torre fortín es bien singular y comprometida. Están completamente incomunicados del grueso del ejército.

Durante todo el día la acción se ha mantenido indecisa. La torre apenas ya puede resistir el embate furioso de la artillería. Los defensores están extenuados y maltrechos.

La situación es insostenible. La mayoría se desangran sin tener ni una hilacha para cerrarle las puertas a la muerte. Un soldado de transmisiones pide auxilio al campo amigo.

El General en Jefe manda que, a todo trance, se le envíe socorro. Pero el asunto no tiene fácil solución. Todo el que pase desde el campo atrinchado hasta la colina en donde se halla la torre, tiene la muerte segura. Una infinidad de proyectiles atraviesan el espacio, acríbillándolo en todas direcciones.

Se requiere el ofrecimiento de voluntarios! de las filas sólo se ha desfilado un hombre. Es nuestro: el Padre V... que acompaña al ejército como enfermero y Capellán.

Ha salido ya de las trincheras, y su silueta ha marcado en el horizonte un magnífico blanco para el cañón enemigo.

La carrera es desenfrenada, loca... Con las cajas del sanitario a la espalda, el Padre V... se arrastra como puede por aquel terreno de una blandura desesperante. El suelo es pantanoso y con las lluvias, se halla hecho un mar de fango, en el que el pobre voluntario se hunde hasta más arriba de las rodillas. Una lluvia de obuses salpica el pantano, y el Padre V... se halla en más de una ocasión a los umbrales de la otra vida. Suerte que los obuses al hundirse en barro, arrojan la metralla en dirección vertical.

Después de mil angustias y sudores de muerte, el voluntario llega a su destino y ha podido guarecerse en las trincheras que rodean el fortín. El peligro ha quedado conjurado por el momento. Al día siguiente, la torre-fortín, sirvió de eje para iniciar un movimiento envolvente que produjo la retirada del invasor.

Y ahora el Padre V... humilde y sencillo, se halla ante una columna de honor que va a tributar los honores al héroe.

El Coronel ha arengado a las tropas, para que imiten el ejemplo del voluntario, y acto seguido, se procede a imponer la condecoración, que ha de testimoniar la gratitud de la Patria hacia su valiente hijo.

El Coronel se acerca. Al intentar prender la placa en la guerrera del soldado, tropieza con un cuerpo duro.

—¿Qué lleva Vd. ahí?

—Señor; el Copón de las Hostias Sagradas; el Pan de los Fuertes para mis soldados...

La emoción se ha apoderado del jefe militar. Su alma de creyente ha vibrado a impulsos del gran poema de heroísmo y de amor.

Rígido, autoritativo y estatuario, ha levantado su mano y...

—¡Presenten armas! ha podido exclamar al tiempo que caía de rodillas.

El Sacerdote ha sacado el Copón

Sagrado y ha dado la bendición al ejército.

Los destrozados campos parecieron teñirse de rosa... Un hálito de paz oreó las frentes curtidas por la pólvora y los elementos. El sol despidió los últimos destellos de su luz agonizante en homenaje al Sol Eucarístico, visión de paz que alumbraba por unos instantes los campos de la muerte, de la ruina y destrucción.

Días más tarde, el General en Jefe ordenó un movimiento contraofensivo. El Padre V... quedó de los últimos en el campo, recogiendo heridos.

Llevaba en sus brazos un moribundo, cuando un casco de granada se le llevó la mitad del cráneo. Su cuerpo desplomado quedó en el suelo; su alma...

Los resplandores de la pólvora, aureolaron la muerte gloriosa del héroe.

JOEL

CASOS Y COSAS

¡Ya no hay recomendaciones!

La recomendación ha muerto con el año fanecido. El nuevo código penal la prohíbe.

Buena y poderosa señora era doña Recomendación.

Quien de ella recibía favor había logrado el triunfo.

Doña Recomendación era la esposa de don Dinero.

Y ya rezaba el refrán: Poderoso caballero es don dinero.

A la señora le han quitado el poder; pero ¿y al caballero?

Un poeta antiguo dijo: El «dinero, del mundo es gran revolvedor» «Por todo el mundo faze cosas maravillosas».

La eficacia que pierde la recomendación, la pierde también el dinero; pero en menor grado.

Del cristianismo es que toda la influencia y poder debe tenerlos la justicia.

Otra dictadura más.

En Yugoslavia el Rey ha dispersado los grupos políticos que usufructuaban el poder y los ha mandado al desierto, alejándolos de las ollas del presupuesto.

Tampoco allí los políticos de partido se podían entender.

También allí se procuraba acallar el hambre de la ambición creando nuevos cargos para colocar en ellos a los codiciosos. Nada más que carteras ministeriales había diez y siete.

De un plumazo han sido reducidas a ocho.

La dictadura ha sido implantada.

El liberalismo ha malparido dos hijos: la revolución en unas partes y la dictadura en otras.

Puede morir tranquilo.

Según la última Memoria del Fiscal del Supremo, la criminalidad ha progresado desde 1922 al 1928 en un doce por cien. ¿Causas?

Primera: la inmoralidad.

¿Pues no decían algunos que habían exagerado los Metropolitanos en su exposición al Gobierno contra la inmoralidad?

Otras causas: el cine, el alcoholismo; las malas lecturas.

La causa más importante, la transcendental: la falta de religión.

Se han aumentado las escuelas; pero no la enseñanza de los deberes morales cristianos.

Muchos maestros —y eso está bien; pero muy poco cuidado en que sean buenos cristianos, lo que está muy mal.

L' Osservatore Romano se preocupa hondamente por el aumento considerable de armamentos en todas las naciones.

Pero ¿y la Sociedad de Naciones? ¿Y la paz internacional?

Mientras en la Sociedad de Naciones hablan del desarme; las potencias ni se ocupan de la Sociedad de Naciones, sino que están ojo avizor mirando como los vecinos se arman para armarse ellos mejor. Nadie se fía de nadie.

Las Conferencias permanentes de la paz son unos espectáculos oficiales gratuitos, en las que los gastos de los actores son pagados por los Estados.

El periódico italiano y romanísimo dice con su habitual perspicacia que mientras las naciones vivan en la desconfianza mutua no desaparecerá el peligro de la guerra.

¿Y cómo han de fiarse unas naciones de otras sino se aman?

Y porque no se aman, sino que se odian no quieren ver entre ellos al representante del amor, que sería el legado del Papa.

En Méjico, continuando la tradición sanguinaria de Calles han fusilado unas docenas de personas enemigas del régimen tiránico que allí impera.

Y a los cadáveres de esas docenas de personas fusiladas los han colgado de los postes de telégrafos, a lo largo de un camino....

¿Y qué dicen a esas delicadezas de espíritu y a esas muestras de cultura y civilización les alabadores constantes del Gobierno mejicano? ¿Qué dicen los periódicos de nuestras surdas? ¿Qué El Sol, La Voz, El Liberal, El Herald etc., etc.,?

¡Ah, es que son *clac* y la *clac* no tiene libertad de opinar.

A. Hernán

La mediación de la Virgen

Había una vez una pobre viuda que no tenía más que un hijo, y era éste un malvado facineroso, por lo cual la pobre madre, que era una bendita, se moría de pena, y no comía un pedazo de pan que no estuviese empapado con sus lágrimas. No tenía la infeliz más consuelo ni más esperanzas ni más refugio que sus oraciones a la Virgen, suplicándole que se apiadase de aquel perdido sin fe ni ley, y lo volviese a traer al santo redil del buen Pastor.

Entre tanto, aquel desgraciado seguía en su mala vida, cometiendo iniquidades, hasta que llegó el caso de que, perseguido, y acosado por la justicia, no hallase albergue en que hospedarse ni guarida en que refugiarse.

Huyendo, pues, en una ocasión, sin saber dónde esconderse, se internó en unos andurriales y llegó a un yermo solitario en que había una capilla. Vió la abierta, y como estaba rendido de cansancio y fatigado por el calor, entró en ella para descansar.

Apoyóse en una columna y alzó los

ojos hacia el altar, sobre el que se veía una hermosa imagen de bulto de la Señora con el Niño en brazos.

Mirábala el facineroso, apartaba la vista y volvía a mirar. Considerándola así con el Niño en brazos, se acordaba de su madre, y una pena y angustia amarga nació y fué creciendo en su corazón, y subiendo más y más, como la marea del amargo mar. ¡Quería sacudir aquel pesar y desasosiego, y no podía! ¡Quería irse, y se volvía! Y era porque aquella Señora le miraba a él con tanta dulzura y compasión, que parecía rogarle que no se fuese; hasta que brotando copiosas lágrimas de sus ojos y doblándose sus rodillas, cayó postrado clamando: «¡Misericordia! ¡Madre mía, misericordia!»

Al verle postrado y derramando muchas lágrimas, la Virgen le dijo al Niño: «¡Hijo mío, perdona a este pecador arrepentido!» Pero Jesús respondió: «No puede ser; sus maldades superan toda clemencia».

El pecador, que esto oía, sollozaba, se golpeaba el pecho y exclamaba: «¡Madre de desamparados, mírame desamparado de Dios y de los hombres por mis maldades! ¡No me desampares tú también; tú, refugio de pecadores, que así me enseñó mi madre a llamarte, aquella madre que tanto confiaba en tu poderosa intercesión!»

—¡Hijo mío!—tornó a decir la Señora a su Hijo—: por su madre, que fué tan devota de la tuya; por la preciosa sangre que derramaste para derrimir al pecador; por las lágrimas de dolor que vierte el que está postrado a tus pies, ¡perdónalo!

—No puedo hacerlo sin faltar a la justicia, contestó el Señor.

El pecador, al oírlo, se echó al suelo y empezó a golpearse la frente contra las losas del pavimento, gritando acongojado:

—Madre mía, Madre mía, ¿me he de condenar? ¿serán para siempre cerradas las puertas del cielo para mí, que aunque tarde alzo los ojos a la luz y detesto mis culpas?

—Hijo mío, ¿desde cuándo eres sorde a la voz del arrepentimiento?—dijo la Virgen—. ¿No pusiste en las santas enseñanzas de tus parábolas al hijo pródigo en el lugar preferente en la

mesa de su padre? ¿Qué más que otros ha hecho este pecador?

—Se ha emancipado, en su soberbia, de su Dios.

—Ahora se le humilla y le adora postrado.

—Ha profanado mi templo.

—Ahora lo consagra con sus lágrimas de dolor y contrición.

—Ha faltado a mis mandamientos.

—Ahora los acata pidiéndote perdón y misericordia.

—Ha causado graves daños con sus escándalos y mal ejemplo.

—Ahora edificará con su conversión.

—Ha sido mal hijo.

—Su madre le ha perdonado.

—Sus crímenes son muchos.

—Más sus lágrimas de dolor y arrepentimiento.

Y bajándose la piadosa Señora del altar, colocó en él a su Hijo que tenía en brazos, se hincó de rodillas y le dijo:

—¡Hijo! ¡aquí postrada te pido la gracia de este pecador!

—¿Qué hacéis? ¿qué hacéis, Madre mía?—dijo el Dios-Niño alzando a la Señora.—¿Quién vió nunca a una madre arrodillarse ante su hijo?

Alzad, Madre mía, y séale perdonado a aquél que tanto en vuestra misericordia y valimiento confió.

Al oír esta clemente sentencia, el pecador alzó los ojos, abrió enajenado sus brazos, dió una voz de júbilo supremo, y murió, pues su dolor había sido tal, que le había partido el corazón.

No hay caso en que esté proscrita la esperanza ni negada la misericordia al arrepentido que muere cristiano y contrito.

Fernán Caballero

¡Ancha vida! ¡No

existe el infierno!

Una mañana de Cuaresma de 1870 entró un obrero llamado Juan en la Parroquia de Santa María de Alcoy; se acercó al confesonario del P. Mariano Juliá, franciscano exclaustrado y le dijo.

—Padre Mariano, yo no vengo a

confesarme: es que mi mujer está empenada en que me confiese, como los años anteriores, y para que me deje en paz, me he acercado a usted con el fin de que ella, que está atisbándome, se figure que me he confesado.

—Y ¿por qué habiéndote confesado todos los años como un buen cristiano, vienes ahora a hacer una comedia?

—Padre, hasta ahora lo que me hacía andar derecho era aquello del infierno y de las llamas eternas, pero como ya he averiguado que no hay infierno, ni llamas, se acabó el miedo y la confesión. Ancha vida.

—¿Y cómo has averiguado que no hay infierno?

—Leyendo las razones que dan los papeles que en los Clubs nos reparten gratis a los obreros para ilustrarnos.

—¿Y qué razones son esas?

—Ahora no las recuerdo, pero se las daré y se convencerá usted de que el infierno es una paparrucha inventada por un tunante.

—Pues mira, hijo, mas que a ti me interesa a mí tal descubrimiento: por que, ¿qué gano con estar aquí horas y horas gastando la saliva y ejercitando la paciencia? ¿Qué cobro por ir después a confesar a los mocosos del asilo y los contagiosos del hospital? ¿Qué saco, fuera de alguna pulmonía, saliendo a deshora de la noche a confesar a cualquier enfermo? Con que Juan de mi alma, entérate, entérate bien de las razones que habéis encontrado para convenceros de que no hay infierno, y ven con ellas el domingo próximo, para echar yo también mis cuentas, pues si a ti te cansa confesarte, más me cansa a mí confesarme y confesar a los demás.

—¿Padre, habla usted de veras?

—Tan de veras, hombre. Que no me vengas con dudas, porque en caso de duda de si hay o no hay infierno lo más seguro es creerlo, no sea que le zampen a uno en las calderas de Pedro Botero.

—Así lo haré y preguntaré además a personas del Club más ilustradas que yo.

—Pregúntale, pues, lo siguiente:

1.º Si pueden demostrar claramente que Jesucristo (que tantas veces

nos habla del infierno) fué un engañado o un engañador.

2.º Si también fueron farsantes y embusteros los doce Apóstoles y todos los santos y sabios que durante dos mil años han venido enseñando y creyendo el dogma del infierno.

3.º Si los milagros que prueban la existencia del infierno no han sido más que embustes y mentiras.

4.º Si es o no justo que les pillos de siete suelas que aquí no han llevado su merecido, lo lleven en la otra vida.

5.º Si esos escritores de malos periódicos merecen más crédito en este asunto que Jesucristo, los Apóstoles y que todos los sabios y santos del catolicismo.

—No sé, padre, si podré con todas esas cinco preguntas.

A los ocho días volvió Juan y dijo al P. Mariano.

—He preguntado a mis amigos del Club y en lugar de responderme con razones a las cinco preguntas, me han respondido con insultos, riéndose de mí, del infierno y de los demonios. Yo como entiendo que no basta reirse del infierno para librarse de él, aquí vengo a confesarme como buen cristiano.

Se confesó y salió de dudas y temores y se quedó alegre como unas Pascuas.

Nota importantísima.—Muchos son en nuestros días los que, como Juan no se confiesan porque no creen en el infierno. Vean si pueden contestar a las cinco anteriores razones del P. Mariano. Si no pueden, imiten a Juan: confiésense bien y se librarán del infierno.

La Educación

Hubo en Esparta un famoso legislador que se llamaba Licurgo y daba muy buenos consejos. Todos le querían y veneraban. Y un día le dijeron que hablase al pueblo sobre la educación, para persuadir a los padres que educasen bien a sus hijos.

—Bueno — les respondió él, — lo haré; pero dadme un año de tiempo para que me prepare.

—¿Un año? — le dijeron. — ¡Si tú puedes enseñarnos eso de repente, sin preparación!

—No, ciudadanos; dejadme un año.

Y le dejaron un año; y pasado el año se presentó Licurgo y traía consigo... ¿a que no acertáis qué?.. ¿Un libro?... ¿Unos papeles?... ¿Un niño?... No, señoritos: dos liebres y dos galgos.

Mandó a toda la gente que le dejase el paso libre, y que se pusiesen a derecha e izquierda de él. Y sin decir una palabra... delante de todos soltó una liebre... y ¡trápalal! ¡trápalal! ¡trápalal! echó a correr desesperada.

Soltó en seguida un perro... y ¡Zis! ¡Zas! ¡Zis!... atrapó la liebre y en un momento la deshizo y se la comió.

Entonces, sin decir nada, tomó a otra liebre y el otro perro...

Soltó a la liebre, que se puso a jugar por allá muy tranquila...

Soltó en seguida el perro, que saltó muy tranquilo, también, se acercó a la liebre, la acarició como una amiga, se puso a jugar con ella, y burla por aquí burla por allá, sirvieron de diversión durante un cuarto de hora a todos. De cuando en cuando los llamaba Licurgo, acudían a él muy alegres, le besaban la mano, se le echaban a los pies, le hacían mil monerías, sin miedo ni susto,

Entonces les dijo Licurgo;

—Ciudadanos, ved lo que hace la educación. Esas dos liebres y esos dos perros hace un año eran lo mismo uno que otro. En este año he educado yo a una liebre y un perro, que son estos otaos que estáis viendo.

Ya véis los efectos de la educación. Los no educados salvajes, enemigos, torpes, tímidos, o rabiosos, voraces, crueles.

Los educados, pacíficos, bondadosos, amigos, alegres, dichosos.

Vosotros sin educar unos perversos; educados unos ciudadanos.

El pueblo aplaudió y tomó a Licurgo y lo llevó en hombros y en triunfo.

Las Glorias de María, por San Alfonso María de Ligorio.—Novísima edición encuadernada en tela, que contiene prácticas devotas, himnos y jaculatorias en honor de la Sma. Virgen Precio: 3 PESETAS, franco de porte en toda España. De venta en esta Administración, Bellot, 3 Orihuela.

Tip. "La Lectura Popular" Orihuela